

LUCIANEA

I.—VIDA DE LUCIANO

Muy poco es lo que sabemos de Luciano. La Antigüedad ha querido mantenerse silenciosa acerca de la vida y la obra de este escritor. «Sus contemporáneos —dice R. Helm— no han hablado de él»¹. Los autores griegos posteriores, como Juliano el Apóstata, no lo citan, aunque en algunas ocasiones lo utilicen. Y ni siquiera ha merecido el honor de ser estudiado en las *Vidas de los Sofistas* de Filóstrato, que, sin embargo, se ocupó de autores muy inferiores al samosatense.

En tales circunstancias, no tenemos otro remedio que acudir a las propias obras de Luciano, que, aunque no con frecuencia, nos proporcionan algunos datos. El método, con todo, está expuesto a peligros, ya que no siempre que Luciano expone autobiográficamente se le puede conceder absoluto crédito. La Retórica obliga a la ficción, a plantear situaciones «clásicas». Con todo, repetimos, es el único medio posible de intentar saber algo de la vida del "*Voltaire del siglo II*".

Su nombre primero, Luciano (*Λουκιανός*) es un nombre latino. Así es como firma la mayoría de sus obras. Pero ha usado, en otras ocasiones, el nombre de Licino *Λικίνος*. ¿Son, los dos, seudónimos? Es muy probable que deba creerse así, dado, como veremos, que Luciano no es griego de nacimiento, sino sirio. Por otro lado, Luciano no es, como ha señalado Helm², sino

1. *Lukian und Menipp*, Leipzig. 1906, p. 1.

2. RE. s. v. *Lukianos*, col. 1764.

la forma latinizada de Licino. El hecho no tiene nada de extraño. La costumbre de recibir un nombre romano es corriente en Asia Menor y en Grecia (recuérdese el caso de Saulo-Pablo), y por ello no plantea esto ningún problema especial.

Nació en Samosata. Así lo afirma en su trata *Cómo debe escribirse la Historia*, 24: «Mi patria, Samosata». Esta ciudad era la capital de Comagena, al norte de Siria (entre Cilicia y Mesopotamia) y estaba situada junto al Eufrates, en su curso superior.

No era, pues, un griego de nacimiento, sino un «bárbaro», un semita. Ello ha tenido una gran importancia en la formación de su propia personalidad e ideología. «Luciano —ha dicho Tovar³— que es un semita extraño al mundo helénico, no respetará nada la gloriosa historia de estas sectas (sc. las filosóficas) ni las figuras geniales que las iniciaron». Y Caster, en su importante libro sobre la actitud de Luciano frente a la religión y el pensamiento de su época, ha podido —a veces con notoria exageración— señalar cómo actúa con fuerza insuperable, en el espíritu de nuestro autor, el deseo de olvidar su origen extra-helénico y defender lo que él cree el verdadero helenismo contra su corrupción: la superstición, la magia, la mitología, la religión.

Es más. La actitud radical de Luciano ante la locura humana se manifiesta de un modo típicamente semita: por un lado, por lo que se ha querido llamar «afán de sabotaje»⁴; por otro, por su tendencia ético-subjetiva. La actitud «saboteadora» de Luciano aparece claramente cuando tomamos sus diálogos maduros: imposibilidad absoluta de llegar a la meta de la filosofía, esto es, negación de toda filosofía, la gran creación de Grecia. Véase tan sólo el Hermótimo y nos daremos cuenta de ello. Por *tendencia ético-subjetiva* entendemos la actitud que valora, no las creaciones metafísicas, sino la posibilidad de educar la con-

3. *Luciano, Barcelona* (Clas. Labor), 1949, p. 163.

4. Cf. G. DIAZ-PLAJA, *El espíritu del barroco*, Barcelona, 1940, p. 67. Véase, como curiosidad, PAPINI, *Gog.* cap. 17 (*Las ideas de Ben-Rubi*). Lo que ambos autores dicen se refiere, con todo, sólo el alma judía.

ducta humana; no el filosofar sobre una realidad objetiva, sino la preocupación por el interior del hombre. Esta tendencia parece ya, es cierto, en Sócrates, pero es, especialmente, estoica. Y el estoicismo es una creación semita. En los *Diálogos de los muertos* aparecen, claramente unidas, ambas tendencias: por un lado, sátira de la vida terrena del hombre: la belleza, el honor, la gloria, no son más que vanidad. La realidad única es la muerte. Por otro, una valoración clara de lo moral. Las reflexiones anteriores tendremos que continuarlas al hablar del pensamiento lucianesco. Sólo nos interesaba poner de manifiesto la importancia que tiene para conocer al hombre Luciano, la noticia de su origen no griego. Y continuemos con lo que sabemos de su vida.

A partir del año 65 a. C., la patria de Luciano entra en la órbita del imperio romano. Bajo el reinado de Vespasiano fue convertida esta región en provincia romana. Con la romanización vino, naturalmente, la helenización de estos países.

Igoramos el nombre de los padres de Luciano. Desconocemos, asimismo, la fecha exacta de su nacimiento. No obstante, algunas noticias dispersas en sus obras nos permiten barruntar algo sobre la posición de su familia. Veamos: *El Sueño*, suele considerarse una buena fuente para la vida de Luciano. Su carácter autobiográfico, la narración en primera persona, aconsejan aceptar muchas de las noticias que allí se nos dan. Naturalmente, no todo lo que nos dice su autor debe creerse sin más. Pues bien, en esta obra —que los editores suelen colocar en cabeza del Corpus lucianesco— nos dice el autor que su familia era de origen modesto: «Había terminado mis estudios primarios, entrado ya en la adolescencia, y mi padre discutía con sus amigos qué profesión me haría emprender. Los más de ellos creían que las letras exigían mucho esfuerzo, tiempo y no poco gasto, amén de muy buena suerte; y nuestra familia era modesta y reclamaba un pronto socorro económico»⁵.

En cuanto a la fecha de su nacimiento, suele situarse entre

5. *Sueño*, 1.

el 120 y el 130 d. C. ⁶: sabemos, en efecto ⁷ que hacia el 160 —la época de madurez de Luciano, y cuando se orientó hacia la filosofía, con más o menos intensidad—, contaba cuarenta años aproximadamente.

Si hemos de dar crédito asimismo a otro pasaje del *Sueño*, Luciano habría sentido, en su niñez y en su incipiente adolescencia, una gran afición por la escultura, por la que estaría naturalmente bien dotado. Dos razones nos inducen a creerlo así: primero, su propia confesión. Cuando los familiares de nuestro autor se hallan discutiendo sobre la profesión futura del muchacho, su padre toma la palabra y nos hace saber que no carece de buena predisposición para este arte —además, nos entera que un tío de Luciano lo ejerce—. Inmediatamente, Luciano nos hace la siguiente confesión: «Pues cada vez que me podía librar de mis maestros, modelaba con cera figuras de bueyes, de caballos e incluso de hombres, y no lo hacía del todo mal, según creía mi padre» ⁸. La segunda razón que nos induce a suponer una temprana afición plástica, y su predisposición para ella, dimana del estudio de los pasajes donde Luciano aparece como crítico de arte, o, simplemente, donde, sin intenciones críticas, nos describe algún cuadro o alguna escena escultórica. Sabe captar, entonces, los más finos detalles, sobre todo aquéllos que tienden a la interpretación anímica de los personajes a través de sus rasgos, gestos, o actitudes. Un buen ejemplo puede ser la descripción ⁹ de las bodas de Roxana y Alejandro, donde apunta el detalle del rubor pudoroso de la novia ante su futuro esposo. Le Morvan ¹⁰ ha podido, en un interesante artículo, estudiar estas dotes lucianescas, con finas observaciones y atinadas conclusiones.

Todo ello explica que la escultura fuera la profesión que el consejo de familia escogiera como medio de vida de Luciano.

6. La fecha que da MARTHA, *Les moralistes sous l'empire*, p. 388 —h. 140— no puede defenderse.

7. Cf. *Rhet. prof.* 15; *Herm.* 13, *Pisc.* 29.

8. *Sueño*, 29.

9. HEROD., 5: se trata de un cuadro de Aetión.

10. *La description artistique chez Lucien*, REG, 1932, p. 380 ss.

Y ya tenemos al muchacho camino del taller de su tío, donde iba a iniciarse en el difícil arte. Mejor dicho, no llegó a hacerlo, pues un incidente imprevisto —la ruptura involuntaria de una tableta— despertó las iras del poco comprensivo familiar, que trató al neófito con no demasiados miramientos ¹¹. Anegado en llanto y lleno de cardenales, regresa al hogar paterno, donde nuestro héroe tiene un sueño —el que da título a la obra: Dos mujeres, la Escultura y la Educación (en la época de Luciano no otra cosa sino la Retórica), se le aparecen defendiendo cada una las excelencias de sus enseñanzas. Y, no contentas con ello, se disputan la posesión del muchacho, tirando de sus brazos con violencia ¹². Como es natural, la Retórica, que le promete la fama y la riqueza, incluso la inmortalidad, es quien se lleva la victoria. Luciano será «*sofista*» ¹³.

Se toma, pues, la decisión —un tanto heroica, dadas las escasas posibilidades de la familia— de enviar al muchacho a Jonia, para estudiar las letras griegas. Jonia era en aquel momento un verdadero museo. Dotada de abundantes riquezas naturales, floreció grandemente por su industria y su comercio tan pronto Augusto hubo puesto los inicios de una paz duradera. Y no sólo Jonia, sino toda la zona costera de Asia Menor, de modo que Nilsson ha podido señalar ¹⁴ que los espíritus más eminentes de esta época a excepción de Plutarco, proceden de estas regiones orientales del imperio: Dión de Prusa, Aristides, Apolonio de Tiana. Con ocasión de la subida al poder de la dinastía de los Antoninos se produce, además, un verdadero renacimiento de las letras helénicas. Se le abría a Luciano, pues, con su decisión de ir a Jonia, un gran porvenir.

11. *Sueño*, 3.

12. *Ibid.*, 5.

13. El término «sofista» en el siglo II y todo el periodo de la llamada segunda sofística no indica lo mismo que en el siglo V a. C. Ahora tiene el valor específico de «rétor», «conferenciante»; cf. VON ARNIM, *Leben und Werke des Dio von Prusa*, 1898, 1-114; MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, Paris, 1948, 269 ss.

14. *Geschichte der gr. Religion*, II, p. 297.

15. Cf. Marrou, *op. cit.*, p. 269: «La rhétorique est restée l'objet spécifique de la haute culture»; cf. W. Kroll, *RE*, Suppl. VII, 1034, s. v. *Rhetorik*.

Ignoramos con quién estudió. Se ha dicho que con Polemón, pero no es seguro. En todo caso, los estudios obligados para quien quisiera triunfar en el mundo literario era los de Retórica ¹⁵, «que marca con una impronta profunda todas las manifestaciones del espíritu helénico» ¹⁶. No es este el momento de abordar los métodos pedagógicos con que se formó literariamente Luciano, ni de estudiar la esencia de la enseñanza retórica, que abordaremos más adelante. Sólo diremos que ahora, si no aprende el griego, por lo menos lo perfecciona ¹⁷. Penetra en los secretos del arte declamatorio y se aprende de memoria, como quien dice, a los grandes poetas y prosistas clásicos, base de la formación escolar en la antigüedad.

Terminada su formación literario-retórica, pasó a Atenas y, de allí, según el léxico de Suda ¹⁸, a Antioquía, donde posiblemente debutó, a los veinticinco años, como abogado. Otros invierten el orden de estos viajes ¹⁹, pero es más natural considerar que fue primero a Atenas a perfeccionar sus estudios, antes de lanzarse a la palestra.

Antioquía, era un importante centro espiritual, no sólo pagano, sino asimismo, cristiano, de modo que fue aquí donde acaso Luciano entró en contacto con el cristianismo por vez primera. Pero Luciano permaneció al parecer, poco tiempo en esta ciudad. Fracasó como abogado. Por lo menos así lo dice Suda. Y si guarda mal recuerdo de esta profesión, quizá sacó de ella el conocimiento de las inmoralidades privadas de los hombres, sobre todo las que se cometen en los testamentos, tema que tantas veces aparece en sus *Diálogos de los Muertos* ²⁰. Re-

16. Marrou, op. cit., ibid.

17. Creemos que es exagerado creer —como hace A. Tovar, op. cit., p. 11— que sólo ahora empieza a aprender el griego. Por lo que dice en «De concr. hist.», 24, es de suponer que ya lo conocía en sus rudimentos.

18. s. v.

19. CHAMBRY, *Lucien, Oeuvres completes*, Paris, Garnier, s. a., p. 2.

20. Por ejemplo, *Dial. mort.*, 1. 4. 5. 6. 7. 8. 11. Aunque algo exagerado, con cierta razón ha podido decir Martha (*Les moralistes*, p. 381), que gracias a Luciano conocemos la sociedad del siglo II.

nunció, pues, a la abogacía, y se dedicó a recorrer el mundo dando conferencias al estilo de los demás sofistas de su época ²¹.

Según nos cuenta en el *Nigrino*, una enfermedad de los ojos le llevó hasta Roma, donde tuvo una importante conversación con el filósofo platónico de este nombre que, según el propio Luciano, le causó una profunda impresión. Ahora bien, muchos problemas plantea este diálogo, hasta hoy no enteramente explicado. «Cuestiones cronológicas y exegéticas fundamentales para el estudio de Luciano parecen depender de la interpretación que se dé a este escrito» ha dicho con razón Peretti en un libro que le ha consagrado ²². Muchos críticos, en especial Gallavotti y Quacquerelli ²³ quieren ver en la obra una verdadera confesión personal y sitúan el *Nigrino* en una fecha reciente, como si Luciano hubiera escrito la obra bajo la impresión de su contacto con el filósofo. Otros, especialmente Peretti, no creen ni en lo temprano de la fecha de la obra ni en una auténtica conversión a la filosofía. Helm, por su parte, duda que la orientación filosófica coincida con el influjo de *Nigrino*; en todo caso, esta orientación momentánea de Luciano no fue duradera ²⁴, según dicho autor.

Aunque no es éste el momento de ocuparnos del problema ²⁵, diremos que hay varias razones para dudar de la realidad de esta conversación. *Nigrino* nos es enteramente desconocido y acaso sea cierta la suposición de que no responda a ninguna figura real, sino que es «una figura polémica nacida del mismo fermento espiritual que el Hermótimo» ²⁶. Además, *Nigrino* es un filósofo platónico, según Luciano ²⁷, precisamente perteneciente a una secta constantemente atacada por el propio Lu-

21. Sobre el conferenciante ambulante, ne esta época, cf. GUARDICCI, *Poeti e conferenziere nell'età ellenistica* (MAL, 6, II, Roma, 1929).

22. Luciano, *Un intellettuale greco contra Roma*, Florencia, s. a., p. 11.

23. GALLAVOTTI, *Luciano nella sua evoluzione artistica e spirituale*, Palermo, 1932; QUACQUARELLI, *La retorica antica al bivio*, Roma, 1956.

24. RE, XIII, 1726.

25. Véase más adelante «El pensamiento de Luciano».

26. Peretti, op. cit., p. 29 ss.

27. *Nigrino*, 2.

ciano ²⁸. Es más: las palabras de Nigrino sobre la vanidad y la locura del mundo hacen pensar más bien en un cínico que en un platónico.

Pero hay algo más, que es preciso tener en cuenta. El motivo de su viaje a Roma, una oftalmía, se halla intimamente relacionado con el tema de la «recuperación de la vista espiritual» que domina en el diálogo. Ahora bien: el tema nos lleva muy cerca del diálogo platónico Cármides, lo cual permite creer que es un simple motivo literario, como otros tantos de la obra lucianesca ²⁹.

Si hubo conversión, no fue duradera. Luciano se sintió atraído más por la gloria que por la filosofía, y se dedicó a viajar, visitando casi todo el imperio, dando conferencias y ganando sus buenos dineros. Así sabemos que estuvo en Siria y Palestina, que visitó Egipto, Rodas, Cnido e Italia; que pasó una gran temporada en las Galias; que conocía, además, la región del Ponto ³⁰. Hacia 164 se halla de regreso a su ciudad natal. Pasa luego, de Samosata a Jonia otra vez. Se hallaba en Antioquía en el momento en que Lucio Vero fue a esta ciudad para tomar la dirección de la guerra contra los Partos.

De Antioquía se dirige ahora a Atenas, para establecerse allí durante una larga temporada, casi veinte años. Fue durante este viaje cuando trabó conocimiento con Alejandro y Peregrino, cuya azarosa vida describirá.

Su estancia en Atenas, donde había vivido ya antes, es una de las más fecundas. Es aquí donde compone la mayor parte de sus obras, y, desde luego, es ahora cuando, desengañado de la filosofía, se dedica a atacarla con mayor virulencia. El *Hermótimo* y el *Pescador* son el testimonio más importantes de este

28. Cf. CASTER, *Lucien et la pensée religieuse de son temps*, Paris, 1937, p. 122.

29. Véase BOMPAIRE, *Lucien écrivain*, Paris, 1958, p. 303 ss., que estudia a los elementos socráticos, pero no toca este paralelismo.

30. Probablemente el Nigrino sea un testimonio de esta época —véase la interpretación de Peretti— y está llena de elogios a Atenas, al igual que el *Demónax*, 11. 63.

desengaño. Su amistad con Demónax es acaso lo más fructífero, desde el punto de vista personal, de este período.

Luciano debió de casarse tarde, pues en el *Eunuco*, que data de la época del emperador Marco Aurelio, nos habla de que su hijo era todavía joven. Por otra parte, nada sabemos de su esposa, ni de su vida familiar, ni de sus hijos, a no ser esta simple noticia, tan breve y escueta. Ahora bien: a pesar de que debió de vivir en Atenas una de las etapas más hermosas de su vida, los años pasados en esta ciudad, sin acaso ejercer la lucrativa profesión de conferenciante, debieron de rebajar bastante su fortuna. Así que no tuvo más remedio que dedicarse otra vez a las «conferencias». Finalmente, y gracias a sus amistades con grandes personajes romanos³¹, obtuvo un puesto en la cancillería del gobernador de Egipto. Aunque había ya estado antes en Egipto, el cargo parece que sólo lo consiguió en los últimos años de su vida. Ignoramos el qué se ocupó; si bien, conocemos algunas de las funciones que se le encomendaron, pues en la *Apología*, nos describe ciertas obligaciones inherentes a su cargo.

Ignoramos la fecha de su muerte, aunque todo hace suponer que no sobrevivió a Cómodo. Debió de morir, pues, hacia el 192. Lo que nos dice Suda sobre su muerte, esto es, que pereció desgarrado por unos perros, no es, seguramente, sino una simple leyenda, nacida, sin duda, en el seno del cristianismo bizantino, para pagarle sus burlas contra los cristianos.

JOSE ALSINA.

31. Cf. Helm. RE. XIII. 1727.